

## LA AYUDA AL TERCER MUNDO

Después de la conferencia de los 81 países «no alineados» en Lima, se celebró durante dos semanas, en septiembre de 1975, una sesión especial de la ONU sobre el desarrollo y la cooperación económica para cotejar las demandas de estos países y las ofertas de los desarrollados. Los países socialistas, que concedieron el año pasado una ayuda de 1.400 millones de dólares al Tercer Mundo, cuando la ayuda de los países capitalistas se elevó a 11.900 millones, apenas intervinieron en la discusión.

El primer participante con mucho en esta ayuda, Estados Unidos, señaló desde el comienzo de la sesión los límites de lo que podían conceder. Hablando el mismo día de su inauguración ante el Fondo Monetario Internacional, el presidente Ford declaraba que Estados Unidos estaba dispuesto a colaborar con todos los países para combatir la recesión mundial. Pero añadía que nadie podía contar enteramente con los demás para resolver sus propios problemas económicos. William Simon, secretario del Tesoro, afirmaba por su parte que era completamente opuesto a las sugerencias tendentes a comprometerse en un vasto despliegue monetario. En su opinión, no tendrían más efectos que el de relanzar la inflación actual, provocando una nueva recesión.

Al inaugurarse una precedente sesión especial, el 9 de abril de 1974, sobre las materias primas y el desarrollo, Kurt Waldheim, secretario general de la ONU, declaraba: «No hay acusación más grave contra nuestra civilización actual que la de ver a dos terceras partes de la población mundial sumidas todavía de forma generalizada en la miseria más completa.» El papa Pablo VI sugería una solución en el mensaje que dirigió al mismo tiempo a esta Asamblea: invitó a los países industrializados a adoptar una forma de vida más austera y a renunciar a una dominación económica que no permitía a los países menos favorecidos sacar el justo fruto de sus exportaciones.

Pero en los países cuyas exportaciones no bastan ciertamente para alimentarlos, en primer lugar la India, ¿puede acrecentarse la producción de cereales? No podemos dudarle mucho. «Más abonos y menos discursos», reclamaban el año pasado los campesinos indios, a quienes se exponían las dificultades económicas para importar el petróleo y el gas natural necesarios para producir abonos nitrogenados. Ahora bien, el primer abono, e incluso el único que se utilizaba en muchas regiones de Europa occidental a principios de siglo, es el estiércol. Con 220 millones de bovinos, la India registra una marca mundial. Pero la bosta de las vacas sagradas se utiliza principalmente como combustible. Quemada en braseros de tierra cocida, hace de las grandes ciudades indias las más contaminadas del mundo.

Los abonos químicos, a cuya cabeza se sitúan los abonos nitrogenados sacados del petróleo o del gas natural, ¿no pueden obtenerse de otra manera? La India posee grandes reservas de carbón y toda la mano de obra barata que hace falta para extraerlo. Ahora bien, el gas, el «gas de hulla», el que se consumía en Europa occidental hasta la importación o el descubrimiento de yacimientos de gas natural, es una fuente importante de amoniaco. Se separa en un lavador de agua para transformarlo en sulfato de amoniaco, utilizado antes, lo mismo que el nitrato de sodio de Chile, como abono nitrogenado. «Como el petróleo es escaso y caro—escribía en junio de 1974 el diario indio *The Motherland*—, debiéramos empezar a pasarnos al carbón. Pero su producción más bien disminuye que aumenta. Deberíamos inclinarnos seriamente hacia los abonos orgánicos o basados en el carbón. Pero ni una ni otra de estas soluciones se toma en serio.» De las 15 fábricas indias de abonos en proyecto o en diverso estadio de realización, solamente tres, dos de ellas construidas con ayuda francesa, recurrían al carbón como materia prima a principios de 1975.

Los países más pobres quizá puedan dirigirse, para mejorar su producción agraria mediante abonos, a Estados Unidos, que es «el Cercano Oriente del carbón» y tiene con qué alimentar al mundo durante algunos siglos, cuando, sobre la base del consumo actual de petróleo, el del Cercano Oriente se agotará dentro de algunos decenios. La primera fábrica de gasificación del carbón acaba de entrar en funcionamiento en Estados Unidos en octubre de 1975. Situada en Chicago, esta instalación modelo es financiada en sus dos terceras partes por el Gobierno estadounidense y en una tercera parte por la industria, a través de la *American Gas Association*. No consume más

## LA AYUDA AL TERCER GRUPO

que carbón, de hecho, lignito desecado, del que Estados Unidos y Canadá tienen enormes reservas, explotables mecánicamente a cielo abierto. La fábrica modelo produce un gas con un porcentaje muy elevado de metano, susceptible de aplicaciones domésticas o industriales, y el amoniaco de los antiguos hornos de «gas de hulla». Mientras que de Argelia a Indonesia siguen quemando el gas natural para amontonar los petrodólares que sacan del petróleo extraído de los propios yacimientos, las subidas de precio de éste han impulsado el adelantamiento de la técnica de sus sustitutos.

## LA PROLIFERACIÓN DE CONFERENCIAS

Reunidos el 17 de octubre pasado los representantes de Estados Unidos, Japón y de la CEE (la Comunidad Económica Europea), por una parte, y los de siete países en vías de desarrollo—cuatro productores de petróleo (Arabia Saudí, Irán, Venezuela y Argelia) y tres que no lo son (Brasil, Zaire e India)—reanudaron el diálogo que habían comenzado ya en abril de 1975, a iniciativa del presidente Giscard d'Estaing, sin haber podido llevarlo a buen término. Esta vez hubo acuerdo sobre la reunión de una conferencia ministerial de 27 países en diciembre de 1975, seguida por una segunda conferencia ministerial a fines de 1976, después de haber deliberado cuatro comisiones durante doce meses sobre los problemas de la energía, de las materias primas, del desarrollo y de las cuestiones financieras anejas.

Los países descolonizados, que son hoy la gran mayoría de la ONU, dentro de cuyo seno han formado el llamado «grupo de los 77», han advertido muy pronto que su independencia era ilusoria y que sus probabilidades de desarrollo eran irrisorias, puesto que sus antiguos amos europeos, y más aún Estados Unidos, siguen dominando prácticamente el comercio y la industria en el mundo. Los países en vías de desarrollo que nunca habían sido colonizados llegaban a las mismas comprobaciones. En total, unos y otros, que representan el 70 por 100 de la población mundial, no participan sino en un 20 por 100 en la producción global y sólo en un 7 por 100 en la producción industrial.

La conciencia de esta dependencia y de la injusta distribución de las riquezas de la tierra ha aumentado con el paso de los años. En el curso de muchas conferencias de los países en vías de desarrollo o de las organizaciones dependientes de la ONU, los países del Tercer

## CAMILLE ROUGERON

Mundo han reclamado con insistencia una ayuda importante y la modificación de las reglas de la economía mundial. El enfrentamiento entre los países ricos y los países pobres tomó un tono agrio en 1974. El ministro de Asuntos Exteriores de Argelia, Buteflika, entonces presidente de la Asamblea General, hizo consciente con sus impresiones el aislamiento de Estados Unidos. De todos modos, la viveza de las reacciones norteamericanas, amenazando con retirar eventualmente el apoyo que prestaba a la ONU, a lo cual se sumaba la conciencia de ser el principal exportador mundial de productos alimenticios, atemperó las decisiones del Tercer Mundo. No por ello la Asamblea General dejó de aprobar, por 120 votos a favor y 10 abstenciones, una Carta de 35 artículos que definía los derechos y los deberes de los Estados, y que comprendía en particular la afirmación de la soberanía de todos los países sobre sus recursos naturales y de su derecho de inspección de las inversiones extranjeras.

Tanto para los países industrializados como para los países en vías de desarrollo, 1975 ha señalado el comienzo de un diálogo, que proseguirá dentro del cuadro de la ONU, pudiendo así participar en los debates todos sus miembros, y en la Conferencia de París, en la que menor número de países, particularmente los mayores productores y consumidores de energía y de materias primas, podrán hacer que la cooperación adelante de manera más rápida y concreta.

## LAS MATERIAS PRIMAS

La primera demanda de los países del Tercer Mundo tiene como objeto la indicación de los precios de las materias primas y de los productos básicos que exportan según lo precios de sus importaciones provenientes de los países desarrollados. Sería en cierto modo extender al conjunto de los productos exportados por el Tercer Mundo carteles análogos a los que acaba de aplicar la OPEP, la Organización de Países Exportadores de Petróleo, a sus exportaciones de este combustible.

El primer inconveniente de tal indicación sería que, relativamente, afectaría tanto a los países del Tercer Mundo como a los países industrializados. En 1974, la cuadruplicación de los precios del petróleo impuso a los que no eran productores una carga financiera equivalente en gran parte a los 10.000 millones de dólares, aproximadamente, de la ayuda que les concedían los países industrializados.

## LA AYUDA AL TERCER GRUPO

Además, la producción de materias primas no es exclusiva de los países del Tercer Mundo. Muy decidido a asegurar su independencia energética en 1980, el Gobierno de Washington se dispuso a explotar sus reservas carboníferas, no ignorando que representan más de la mitad de las reservas mundiales, estimadas en casi siete billones de toneladas. Los yacimientos están repartidos por todo el territorio y los mejor explotados han sido hasta ahora los de la cuenca de los Apalaches, que se extiende por 1.300 kilómetros desde Pensilvania a Alabama y que suministra las tres cuartas partes de los 500 millones aproximadamente de toneladas consumidas o exportadas por Estados Unidos. Pero más de dos terceras partes de las reservas estadounidenses se encuentran en las Montañas Rocosas, desde la frontera de Méjico hasta la del Canadá. Las vetas son gruesas, pero demasiado cerca del suelo para poder extraer el carbón mediante pozos mineros. Con las máquinas de que hoy se dispone, basta con levantar la roca que cubre o separa las vetas. La explotación ha comenzado ya.

Aunque las grandes regiones industriales del mundo, Europa occidental, Estados Unidos y la Unión Soviética producen casi todo el mineral de hierro que consumen, ha empezado en gran parte la explotación de los yacimientos descubiertos en numerosos países del Tercer Mundo: Guinea, Sierra Leona, Liberia, Mauritania... Nada impide que estos países, si quieren industrializarse, desarrollen una siderurgia nacional. Pero si pretenden indificar el precio del mineral que sigan exportando según el de sus importaciones provenientes de sus clientes, tampoco impedirá nada a Estados Unidos indificar, según el precio del petróleo, el del carbón que exijan esos nuevos altos hornos.

Esta cuestión se plantea de la misma manera respecto de numerosas materias primas. Marruecos, primer productor mundial de fosfatos, ha triplicado sus precios estos últimos años. ¿Corresponderá a estos mismos países industrializados financiar la adquisición de estos abonos por parte de la India y Bengala, que ya no pueden importarlos, acrecentándose aún más su déficit alimenticio? ¿Y qué dirían los países del Tercer Mundo importadores de productos alimenticios si Estados Unidos pretendiese indificar el precio de los cereales que les suministra, según el precio de los fosfatos marroquíes o según el del petróleo y del gas natural que importan para obtener los abonos fosfatados o nitrogenados indispensables para su agricultura?

LA LIBERTAD DE COMERCIO

Entre las demandas del Tercer Mundo figura la adopción de un sistema general de preferencias que permita el pleno acceso de las materias primas, de los productos básicos y de los artículos manufacturados o semiacabados de los países en vías de desarrollo a los mercados de los países desarrollados. ¿Podrán aceptar éstos el principio de tal competencia generalizada, particularmente en el terreno de los productos manufacturados de elevado porcentaje de mano de obra, cuando pagan salarios tres o cuatro veces superiores a los de los países del Tercer Mundo? Por ejemplo, ¿deberá darse plena libertad a los millones de chinos más o menos evadidos de su país e instalados en Hong-Kong o en Macao, para que exporten los artículos manufacturados que producen a Estados Unidos o a la Europa de los Nueve? A esta pregunta se ha dado contestación negativa desde hace decenios, si no siglos. Los aranceles y las prohibiciones de importación se hicieron para eso.

La industria textil, que proporciona alrededor de cuatro millones de puestos de trabajo, nada más que en Europa occidental, es el ejemplo típico de los resultados a los que conduciría aceptar una demanda semejante del Tercer Mundo. La gran industria textil nació en Europa occidental durante el siglo XVIII de la conjunción de dos hechos económicos: el desarrollo del comercio marítimo y las primeras aplicaciones industriales del maquinismo, como las primeras fábricas de hilaturas y tejedurías a vapor, las primeras de las cuales aparecieron en Inglaterra a partir de 1780. Las grandes naciones europeas eran las únicas que a principios del siglo XIX fabricaban y poseían las máquinas apropiadas para esta industria, que importaban las materias primas necesarias y las reexportaban al mundo entero bajo forma de tejidos.

A pesar de las dificultades que padece desde la Segunda Guerra Mundial, agravadas por la crisis actual, Inglaterra sigue ocupando el primer puesto en Europa de este ramo, con efectivos de alrededor de 750.000 personas. Manchester sigue siendo la «capital del algodón», como Bradford la de la lana y Belfast la del lino. Alemania Occidental ocupa el primer puesto en la Europa continental, con unos efectivos de alrededor de 600.000 personas empleadas, seguida de cerca por Francia. La industria textil de Estados Unidos, beneficiaria de las mismas técnicas de producción, y que permaneció mucho tiempo

## LA AYUDA AL TERCER GRUPO

bajo la dependencia de las fábricas europeas, ha llegado a ser hoy la primera del mundo, con unos efectivos de cerca de un millón de personas.

Acrescentada por la crisis económica mundial, la de la industria se extiende a toda Europa occidental. Pero se encuentra agravada considerablemente por la llegada masiva de productos importados, en particular de los países asiáticos en vías de desarrollo. Son tales sus precios, que numerosos artículos acabados provenientes del Extremo Oriente no cuestan más caros que el simple tejido que utiliza un fabricante europeo para realizar esos mismos artículos. En Francia especialmente se multiplican los cierres de fábricas. El señor Weill, presidente de la Unión Francesa de las Industrias Textiles, declaraba recientemente: «Ciertamente que hay que ayudar a los países en vías de desarrollo, pero no podemos aceptar que una industria de esta importancia desaparezca en toda la Europa de los Nueve.»

Las dificultades van aumentando con el desarrollo económico excepcional del Japón durante los últimos veinte años. Estados Unidos ha obtenido sin demasiado esfuerzo una limitación voluntaria de las importaciones japonesas correspondientes a varios sectores que ponían en grave peligro la supervivencia de ramos industriales norteamericanos. Pero con la potencia financiera que le ha valido este desarrollo, Japón ha multiplicado las instalaciones de fábricas diversas, desde Corea del Sur hasta Singapur, pasando por Vietnam, así como Formosa, con sus quince millones de habitantes. La última y la más curiosa para un país que ocupa el primer puesto de la construcción naval, con algo más de la mitad de la producción mundial, es la instalación de unos nuevos astilleros en Corea del Sur, a los que su propietario japonés encargó en seguida dos petroleros gigantes.

## DE LA AYUDA FINANCIERA A LA AYUDA ALIMENTICIA

Volviendo a las demandas formuladas con ocasión de la conferencia de los 81 países «no alineados» en Caracas, éstos expusieron en la sesión especial de la ONU de septiembre pasado, que para la mitad de la población mundial, que rebasa hoy los 3.900 millones de personas, la renta anual por cabeza se elevaba a menos de 200 dólares. Muy modestamente, Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, estimó estos ingresos por cabeza, para 900 millones de personas, en menos de 75 dólares. El Tercer Mundo, como compensación muy parcial de esta diferencia, exige una ayuda financiera que se

eleve al 1 por 100 del PNB (producto nacional bruto) de los países desarrollados.

El fundamento principal de estas reivindicaciones se busca en la explotación colonial de la que ha sido víctima por parte de estos países desarrollados, que pudieron extraer, mediante una mano de obra subremunerada, las materias primas indispensables para su economía industrial, que pagaban y siguen pagando a precios muy por debajo de su valor. Era hora ya de recordar estas prácticas. La primera de las exigencias formulada en Caracas es, pues, la soberanía completa y permanente de los países del Tercer Mundo sobre sus recursos naturales, que comprende, entre otras cosas, la dirección por su parte de las compañías, multinacionales en su mayoría, que los explotan en la actualidad, y el derecho absoluto de nacionalización de sus empresas, que se realizará con una compensación financiera que se base en cada país en la legislación que establezca el mismo.

El secretario de Estado del presidente Ford, Henry Kissinger, reconoció que lo menos que Estados Unidos podía hacer era aceptar el diálogo: «No podemos quedar aislados de las nueve décimas partes de la Humanidad.» Así como no lo han hecho en cuanto al petróleo, los países industrializados tampoco pretenden discutir la soberanía de los países del Tercer Mundo sobre sus recursos naturales. Pero la amenaza con nacionalizar las empresas que los explotan en la actualidad, y mediante una indemnización puramente teórica, ¿es verdaderamente el medio mejor para resolver la crisis económica mundial, que afecta a los países industrializados, pero también a los países en vías de desarrollo? ¿Es compatible, además, con la pretensión de obtener de estos mismos países industrializados una ayuda financiera que se eleve al 1 por 100 de su PNB?

Actualmente, de todas las dificultades con las que se enfrenta el Tercer Mundo, la más grave es la insuficiencia de sus recursos alimenticios, que llega hasta la amenaza permanente de hambre. ¿Podrá imputarse esta situación a los países ex colonizadores? La más grave y la más reciente de estas hambres fue provocada por la inhabitual sequía que afligió a los países del Sahel, así como a una provincia septentrional de Etiopía en 1972-73. Reunidos en Uagadugu, capital del Alto Volta, el verano de 1973, los dirigentes de este país y de cinco vecinos suyos, Mauritania, Senegal, Malí, Níger y Chad, examinaron la ayuda inmediata y a largo plazo que estimaban necesitar.



## LA AYUDA AL TERCER GRUPO

El avance del Sahara hacia el Sur, transformando el Sahel actual en otro mar de arena, es un fenómeno regular. Será inevitable que se agraven particularmente los años de sequía. Pero los expertos occidentales que asistieron a la conferencia de Uagadugu concordaron en denunciar el modo de explotación de la sabana, la zona herbácea característica de las regiones tropicales de larga temporada seca. El cultivo extensivo se centra lo más a menudo en la quemada, abandonándose después los campos a un largo barbecho. La multiplicación de estos incendios tiene como consecuencia un grave deterioro del suelo. Muchos expertos denunciaron igualmente el pastoreo excesivo, así como la composición del ganado, con exceso de cabrío, que en vez de contentarse, como el vacuno, con el consumo de hojas, en caso de sequía consigue fácilmente arrancar las plantas para utilizar sus raíces como alimento.

Argelia, dirigida desde hace un decenio por Bumedian, uno de los defensores más vigorosos de las exigencias de los países en vías de desarrollo frente a sus ex colonizadores, es un ejemplo típico de los problemas alimenticios que se plantean hoy al Tercer Mundo. El primer efecto del avance árabe hacia Occidente en el siglo VIII, a través del Africa del Norte y España, se manifestó en la destrucción casi total de los recursos agrícolas, y especialmente forestales en particular, desarrollados durante los siglos que siguieron a la conquista romana. Roma confió en especial al Africa del Norte lo esencial de su abastecimiento en cereales y aceite de oliva. La conquista de Argelia por Francia a partir de 1830 significó un desarrollo agrícola excepcional de regiones casi desiertas y un aumento correlativo de la población indígena, que se decuplicó sensiblemente en ciento treinta años. La población inmigrada de origen europeo, principalmente francesa, pero también española e italiana, no sobrepasó nunca la décima parte de la población autóctona, árabe o bereber. Abrió carreteras, roturó tierras y construyó presas para el riego, dando a Argelia no sólo su autonomía agrícola, sino incluso asegurándole un excedente de exportaciones en este terreno.

En 1962, el acceso de Argelia a la independencia significó un paro general, que alcanzó durante varios años el 70 por 100, y la pérdida para el cultivo de más de un millón de hectáreas. Una emigración intensiva, con más de dos millones de trabajadores que envían la mayor parte de su salario a sus familias que permanecen en Argelia, permite a este país importar hoy los artículos alimenticios que no logra producir en su suelo. Y, sin embargo, si la religión musulmana

prohíbe a sus fieles consumir el vino de los viñedos que Francia había plantado, nada es más fácil ni más rápido que reemplazarlos por trigo.

El problema alimenticio actual del Tercer Mundo significa un excedente agrícola, en Estados Unidos principalmente, y también en Canadá, Australia y la Europa de los Nueve. De modo curioso, desde hace más de medio siglo la Unión Soviética se coloca al lado del Tercer Mundo desde el punto de vista alimenticio. Al establecerse el régimen comunista, durante los años veinte, conoció las peores hambres de su historia. Hoy el país más extenso del mundo, con más de 100 hectáreas por habitante, es, con mucho, el mayor importador de cereales. Sus territorios del norte en Europa, así como la mayor parte de Siberia, no se prestan, sin duda, a la explotación agrícola, pero no por ello deja de tener, desde Ucrania hasta las tierras vírgenes de Kasakstán, que hizo cultivar Jrushchov, unas posibilidades agrícolas por habitante muy superiores al conjunto de los demás países de Europa.

¿Qué solución puede hallarse a una crisis que se agrava? En su último libro, Andrei Sájarof, que acaba de obtener el Premio Nobel de la Paz de 1975, sugiere la descolectivización parcial de la agricultura. Tendrá pocas probabilidades de convencer a los dirigentes de Moscú, pero la cosecha de cereales de 1975 ha significado otra marca de déficit. El 22 de octubre, Richard Bell, subsecretario estadounidense de Agricultura, estimaba que sería inferior en 50 millones de toneladas a las previsiones oficiales, que se elevaban a 215 millones de toneladas, y que necesitará otros seis o siete millones de toneladas, además de los 24 millones adquiridos por Moscú. Se explica que, para reanudar las importaciones indispensables, la Unión Soviética se haya visto obligada a firmar el mismo mes un acuerdo con Estados Unidos de adquisiciones regulares durante los cinco años próximos para constituir finalmente unas existencias que reduzcan las adquisiciones excesivas los años en que su producción agraria se vea afectada más severamente.

Sin embargo, así no se resolverá la crisis alimenticia mundial. En 1974, los expertos de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) estimaban que, teniendo en cuenta la evolución demográfica actual y los beneficios de producción esperados, el déficit del Tercer Mundo en cereales podría alcanzar en 1985 los 85 millones de toneladas.

CAMILLE ROUGERON

*Traducción de Eloy Fuente Herrero.*